

## ¡VIVA LA LIBERTAD!

*Romano Guardini*<sup>1</sup>

Romano Guardini (Verona, 1885 - Múnich, 1968), teólogo católico alemán. Estudiante de Química y de Economía en Tubinga y en Berlín, cursó los estudios eclesiásticos y fue ordenado sacerdote. Fue profesor de Dogmática en Bonn (1922) y de Filosofía católica en Berlín (1923). Su cátedra fue suprimida en 1939 por el régimen nacionalsocialista. En 1945 fue invitado a enseñar en la Universidad de Tubinga y, a partir de 1948, en la de Múnich, donde exponía su propio pensamiento acerca de una cosmovisión católica del mundo. Fue uno de los líderes de los movimientos espiritual e intelectual que desencadenaron en las reformas aprobadas por el Concilio Vaticano II. Ejerció una considerable influencia en la juventud católica alemana después de las dos guerras mundiales.

### DISCURSO PRONUNCIADO EL 12 DE JULIO DE 1958 EN LA DEVELACIÓN DEL MONUMENTO EN MEMORIA DEL PROFESOR KURT HUBER Y SU GRUPO DE RESISTENCIA ESTUDIANTIL

#### I

Damas y caballeros,

El atrio de nuestra universidad, cuya restauración celebramos hoy, significa más que el espacio elevado en donde se encuentran profesores y estudiantes. Se trata de un lugar de un grave recuerdo, tal como el Rector lo acaba de evocar, pues hace quince años se

---

<sup>1</sup> Traducción de Ricardo Gibu.

consumó aquí un evento que marcó el punto de inflexión trágico en la vida de siete miembros de esta universidad: el profesor Kurt Huber, los estudiantes Sophie y Hans Scholl, Christoph Probst, Alexander Schmorell, Willi Graf y Hans Carl Leipelt.

Desde la baranda del primer piso, Sophie y Hans Scholl lanzaron la convocatoria que mostraba, por última vez, la lucha por la libertad de su círculo de amigos. Ellos sabían que el encarcelamiento era la consecuencia de ese acto. Fue lo que sucedió, y el final de todos ellos fue la muerte. Un pequeño evento entre otros innumerables ocurridos en esos años, eventos que sumergieron a Alemania en una gran oscuridad, dado que ni la ley, ni la verdad, ni la libertad parecían tener validez entonces. Por ello, celebrar la culminación de este atrio encuentra su sentido preciso en la develación del monumento en memoria de aquellos que defendieron con su vida lo que para ellos la dignificaba —lo que, por otro lado, constituye el principio de todo aquello por lo que debe existir nuestra universidad si quiere ser digna de su nombre—.

## II

A partir del informe de su hermana sabemos que las últimas palabras de Hans Scholl antes de morir fueron: “¡Viva la libertad!”. Para él significaban la razón de su obrar —para nosotros son un testamento y, por tanto, se torna un deber reflexionar sobre su significado—.

---

Libertad significa que el ser humano tiene la posibilidad de configurar su propia convicción, de expresarla y de vivir según ella; significa la seguridad de que el hogar es inviolable; el derecho de elegir voluntariamente el trabajo y la profesión; de adquirir una propiedad y de ser protegido en sus posesiones.

---

Tales palabras han sido pronunciadas en una época cuya coerción y oscuridad resultan de difícil comprensión para las personas más jóvenes de hoy —debo añadir: en Alemania Occidental—. Por

otro lado, muchos mayores las han olvidado, de lo contrario algunas cosas habrían ocurrido de modo distinto. En esas palabras se hacía patente la exigencia de algo que constituye el fundamento de la existencia europea en su conjunto: la exigencia de libertad —pero libertad de todos, es decir, mi libertad que encuentra su medida en la libertad del otro—.

Libertad significa que el ser humano tiene la posibilidad de configurar su propia convicción, de expresarla y de vivir según ella; significa la seguridad de que el hogar es inviolable; el derecho de elegir voluntariamente el trabajo y la profesión; de adquirir una propiedad y de ser protegido en sus posesiones.

Estos son derechos elementales del ser humano, algo tan evidente para el que ha alcanzado la adultez que resultaría difícil pensar que podría ser de otra manera. Son libertades en cuya realización estuvo implicado el curso completo de la historia europea, hasta su exacerbación en la idea de autonomía y —como una consecuencia interna que se suele pasar por alto— su giro a la esclavitud de la dictadura.

Contra esta esclavitud se levantaron las siete personas cuya memoria hoy celebramos. Ellos dieron testimonio del derecho del ser humano a la libertad, derecho que han defendido con su vida.

### III

Debemos ahondar más en nuestra reflexión sobre la libertad, pues pocas palabras han sido tan mal empleadas y tan profundamente tergiversadas como esta. Independientemente del modo como definamos la esencia de la libertad, ella apunta en cada caso al hecho evidente, no derivable de la razón, de una experiencia interior según la cual el ser humano es “initium” (inicio) y no solo un centro transformador de energía; tiene iniciativa, es decir, posee en la propia interioridad una fuerza originaria creadora; y debe afrontar las consecuencias de lo que hace en aquella modalidad específica que llamamos “responsabilidad”. En tal sentido, el ser humano trasciende los distintos modos como la energía se torna activa en la realidad. El hombre es persona, esto significa algo grande y cargado de destino. Conocen ustedes las palabras con las que, en el primer episodio de Antígona, el coro expresa el estremecimiento existencial frente a esta grandeza: “Muchas cosas aterradoras existen y, con todo, nada más aterrador

(*umheimlicher*) que el hombre". Sería imposible una forma semejante de existencia en un ser fusionado en el entramado de la naturaleza. En el hombre, sin embargo, se halla una condición para ello pues está en relación con una realidad que existe por encima de ese entramado, que le permite disponer de sí mismo y, simultáneamente, lo vincula a la norma moral: Dios. Dios se afirma en la conciencia (*Bewußtsein*) del hombre; este hecho, unido de modo irreversibile a la libertad y que, como la libertad, no puede reducirse a lo psicológico ni a otra instancia, lo llamamos conciencia moral (*Gewissen*). No existe libertad sin conciencia moral, así como tampoco puede haber conciencia moral, responsabilidad moral, en un ser que no es libre. Opinión y palabra propia solo pueden corresponder a alguien que se sabe unido a la verdad. Exigencia de inviolabilidad en el ámbito personal solo se da en quien percibe tal exigencia en los demás. Trabajo y profesión solo pueden ser elegidos acertadamente por alguien que los ve no como un simple medio para ganar dinero, sino como el modo de realizar responsablemente su propia obra en relación a la totalidad. Derecho a la propiedad existe únicamente en quien la obtiene con rectitud y reconoce la del otro. En una palabra: persona solo puede ser aquel que, como dice Kierkegaard, existe en sí mismo, pero delante de Dios.

En la medida en que estas condiciones no se cumplen, la libertad deviene en arbitrariedad. Pero arbitrariedad es en sí esclavitud —si ella más adelante se exterioriza histórica y políticamente, es solo cuestión de circunstancias—.

---

## El hombre es persona, esto significa algo grande y cargado de destino.

---

Si el polo relacional desaparece de la conciencia (*Bewußtsein*), no desaparece el carácter libre de la persona como tal, pues esta posee esencialmente dicho carácter en tanto nobleza y destino, lo quiera o no; pero en ese momento la libertad se encuentra en peligro. Aquel carácter aterrador del hombre, expresado por Sófocles, pierde soporte y norma, y las últimas décadas nos han mostrado de lo que él es capaz. El hombre pierde credibilidad en su exigencia de libertad, pierde fuerza para hacer frente a las presiones del impulso, de la utilidad y del poder, de tal forma que está preparado interiormente para la dictadura.

---

No existe libertad sin conciencia moral, así  
como tampoco puede haber conciencia moral,  
responsabilidad moral, en un ser que no es libre.

---

Conocemos bastante bien a aquellos que hoy recordamos para poder decir que comprendieron la libertad en este sentido. Encarnaron el *ethos* de la libertad con magnanimidad y valentía, libertad que convence al espíritu y mueve el corazón. Se puede objetar, ciertamente, que fueron idealistas y que sobrestimaron la disposición habitual para el riesgo. Carecían de la mirada fría y distante frente a la realidad, así como carecían de la seguridad de la técnica revolucionaria. Tal vez de allí proceda la integridad trágica de su aspecto; sin éxito alguno, su empresa encalló pronto en la maquinaria gélida de un poder sin escrúpulos. Con todo, no sucumbieron al entramado de mentiras e injusticias en el que, a la larga, acaba toda actividad revolucionaria. La vida de estas personas se asemeja a un canto de noble humanidad. Les puedo sugerir leer el libro de Aicher-Scholl titulado *La Rosa Blanca* —así se denominaban los folletos del círculo. Sentirán cómo se articula una existencia que, para usar un concepto de Nikolai Hartmann, queda definida por el valor de lo inmensamente grande. Estas personas eran así y obraban así, por ello las honramos y consideramos justo que este homenaje quede reflejado en el monumento que hoy ha sido develado.

#### IV

Permítannos profundizar todavía más, no tanto en la interioridad del individuo como en aquella de la historia.

Existe algo así como la profecía histórica. En ella habla un hombre que experimenta las tendencias fundamentales de los grandes acontecimientos y ve la dirección hacia la cual se encaminan. Puede suceder que en un determinado momento este hombre sienta el deber de decir, puesto que la población se siente segura en el estado de cosas vigente, que tal situación se está disolviendo y que una nueva forma de existencia está abriéndose paso desde el seno de la historia. Recuerden cómo se expresó Jakob Burkhardt; o de modo más turbulento,

su colega Friedrich Nietzsche en la Universidad de Basilea. Mientras vivían, el ordenamiento burgués racionalista moderno parecía prosperar en todos los ámbitos, y el futuro no permitía avizorar otra cosa que seguridad. Sin embargo, ambos veían que esa época llegaba a su fin y una nueva se preparaba, a pesar de que describían la decadencia y las nuevas fuerzas de modo distinto.

Se trataba de una profecía explícita, pero creo que también existe una profecía oculta; oculta no solo para el oyente, para quien lo expresado es incomprensible, sino también para aquel que la expresa: dice cosas y lleva a cabo acciones que contienen más de lo que él mismo sabe conscientemente. Eso sucedió con las palabras que Hans Scholl pronunció en el instante previo a su muerte. Tales palabras significaron más que la protesta de un corazón magnánimo ante la violencia que dominaba en Alemania. A partir del significado profundo del cual todavía no era consciente, su grito de libertad se dirigía no solo contra un sistema que vivía tanto de la obsesión por el poder como de un imaginario desquiciado, sino contra una amenaza mucho mayor que se había puesto en marcha desde hacía tiempo. Lo que acontecía en ese momento a nivel político, constituía la primera forma de expresión de algo que se preparaba en los cimientos más profundos de la historia. Hoy lo vemos —quiero expresarme con mayor cuidado: lo ven aquellos que quieren verlo—. Es el peligro de una esclavitud que surge de la obra humana de los últimos siglos.

Lo que el hombre realiza tiene siempre una repercusión sobre él. En tal sentido, poseer significa a la vez ser poseído, y ejercer poder significa también padecer el poder. Hasta aproximadamente mediados del siglo XIX, la relación con la libertad se mantuvo en una proporción que hoy sentimos como algo muy positivo. Pero luego tal relación cambió significativamente.

El poder del hombre sobre la naturaleza se concentró en estructuras objetivas de una intensidad novedosa que llamamos “máquinas”. Tales estructuras, en lo que se refiere a su función y a su producción, aparecen vinculadas mutuamente al interior de un entramado que denominamos “técnica”. La técnica existe sobre la base de una investigación científica que evoluciona permanentemente y de una organización socio-económica que permea la vida del Estado y del pueblo, que llamamos “sociedad moderna”. A ella pertenece el fenómeno de la opinión pública, es decir, una opinión que no se consolida espontáneamente a partir de la vida personal o de la vida de los grupos, sino que es dirigida por la prensa, las noticias, la radio, la televisión;

por iniciativas, programas, representaciones de intereses de distinto tipo. Paralelamente a ella, también surge el fenómeno del tráfico en el transporte ferroviario, marítimo, aéreo, automovilístico, junto a todo lo que esto conlleva en cuanto a organización, publicidad, etc.

---

Lo que el hombre realiza tiene siempre una  
repercusión sobre él. En tal sentido, poseer significa a  
la vez ser poseído, y ejercer poder significa  
también padecer el poder.

---

Todas estas actividades, estructuras y creaciones producen un entramado que influye también sobre el propio ser humano. Ello no solo porque ese entramado le exige prestaciones novedosas, sino porque configura en él una actitud anímico-espiritual que se traduce, por un lado, en criterios para juzgar sobre lo que es digno en la vida y, por otro, en una jerarquía de valores.

Surge así una totalidad que obra en los distintos niveles de la realidad, una nueva forma del mundo (*Weltgestalt*) que significa también una nueva forma de lo humano. Ello queda confirmado en un momento no fácil de describir en el que reconocemos los signos más característicos de una nueva época y el factor tal vez más fuerte de su autorrealización, a saber, un estilo propio.

Lo que Hegel alguna vez denominó “cultura objetiva” y percibió como algo divino en lo que el hombre alcanza su realización, halló su concreción de un modo aterrador y se tornó algo autónomo. Si bien esa realidad ha procedido de la iniciativa humana, se ha desarrollado progresivamente y siempre de modo más decisivo en una lógica objetiva de problemas, descubrimientos, construcciones que no han recorrido los mismos caminos de la libertad y del despliegue vivo del ser humano.

Algo que desde el principio se presentaba como una posibilidad en el ámbito de lo que se llamó trabajo humano, dominio sobre la naturaleza, cultura en el sentido más amplio, y que por mucho tiempo se equilibró en el conjunto total de la existencia, penetra ahora con consecuencias angustiantes y busca consolidar una nueva legalidad que se expresa así: el hombre no es libre, existe en las necesidades del esquema de trabajo que él mismo ha creado y debe conducirse según

las exigencias de tal esquema, esto es, su estructura personal tiene que adecuarse a ellas. En general, el hombre debe ser comprendido —tal como la cibernética parece sugerir— por el aparato (*Apparatur*) que ha sido racionalmente pensado y técnicamente producido. Se configura el concepto de “sabotaje” que expresa lo prohibido sin más y se vincula con todo intento de la personalidad de hacer valer su ser, su voluntad y su experiencia, en la medida en que destruye las funciones, es decir, el dominio del aparato. El orden del Estado totalitario constituye la expresión más nítida de esta no-libertad. Sin embargo, no debemos hacernos ilusiones dado que también aquellas formas de vida que, desde su perspectiva, están basadas en la libertad, corren cada vez más el riesgo de ser definidas a partir de una uniformización de la personalidad. Expresado en una frase: existe una totalización (*Totalismus*) desde arriba, pero también una totalización desde abajo. Quien ve las cosas con nitidez, descubre en la vida de las democracias supuestamente libres las señales más preocupantes de una coerción indirecta que se despliega a través de la estructura de la cultura técnica. En lugar de hacer un recuento extenso de los efectos homogeneizantes de los métodos técnicos, del *ethos* de la formación de grupos, del desarrollo de la burocracia, del influjo de la opinión pública, etc., queremos referirnos a un solo hecho que es muy esclarecedor: el control científicamente elaborado del inconsciente humano por la economía. Este control económico se basa en el estudio del modo cómo los impulsos publicitarios, aparentemente inadvertidos, son asumidos a nivel de la motivación interior y, posteriormente, los despliega en una técnica de influjo permanente no advertida por los propios afectados. Quien es capaz de reconocer semejantes síntomas, percibe lo que está sucediendo.

## V

Ha llegado el momento —no podemos postergarlo más— de comprender el sentido oculto de aquel llamado profético y también de anunciar sobre este plano la lucha por la libertad.

Esta lucha no se realiza a través de acciones exteriores dado que el enemigo procede del interior del hombre actual que somos todos nosotros. Es cierto que también son importantes las medidas externas: reglamentación del horario de trabajo, protección jurídica de la esfera personal, posibilidades de educación y formación espiritual, etc. Sin

embargo, lo real puede acontecer únicamente en el interior y no será poca cosa llevarlo a cabo, así como reconocer que lo que aquí está en juego es el destino del hombre: que se siga considerando señor de su obra o acabar siendo su funcionario.

De este modo, el ser humano debe situarse en sí mismo, procurarse un espacio de privacidad y defenderse de la embestida de lo público. Debe reconocer como sagrados los vínculos humanos básicos y preservarlos, y debe ser capaz de no sucumbir ante aquello que “se” hace, ante aquello que “se” debe tener y ver. También debe construir dentro de sí un muro frente a la ola de influjos procedentes de la publicidad, las noticias, la radio, etc. Y —para no olvidarlo— debe sacar de su vida espiritual ese narcótico que adormece la conciencia moral (*Gewissen*) de quien no quiere pensar a fondo ningún problema desde una recta crítica cultural, a saber, la fe en el progreso general.

Quisiera, señoras y señores, que lo expuesto no sea malinterpretado. No he intentado ofrecer ninguna exhortación moralista ni ningún tipo de romanticismo. La época del individualismo ha pasado y no podemos recrearla artificialmente. Vivimos en la época de las estructuras supraindividuales y tenemos que realizar nuestra obra en ellas. La tarea a realizar es grande y valiosa, se trata nada menos que de crear una nueva forma del mundo (*Weltgestalt*). Sentimos casi a nivel corporal las energías que están surgiendo. Hay, sin embargo, una diferencia que lo decide todo: o el hombre queda transformado en un mero elemento de la máquina gracias a esas energías o se enraíza en su propio centro y crea el ámbito vital que le corresponde.

También es bueno estar atento a las dificultades que aquí se presentan. Creo que en el transcurso del desarrollo moderno se ha manifestado algo singular ante el hombre. Este desarrollo ha culminado con la exigencia de autonomía, es decir, con la pretensión de autodomínio radical del hombre a nivel del pensar, el obrar y el producir hasta alcanzar formas exageradas como aquellas que se presentan en *El único y su propiedad* de Max Stirner o en la “libertad desesperada” del existencialismo. Tal exigencia era profundamente falsa pues el hombre no es un ser autónomo. En la búsqueda de esta autonomía llevada a cabo durante un largo periodo debió haber ocurrido algo en él, sin lo cual no podemos comprender los eventos de los últimos tres decenios: debió fatigarse de modo tan excesivo durante mucho tiempo y hasta lo más profundo que este sobreesfuerzo se convirtió en un factor determinante en la historia. El hombre posmoderno sufrió un colapso existencial cuyo efecto fue,

a nivel objetivo, la dictadura. A nivel subjetivo surgió el deseo de ser liberado de la propia responsabilidad, esto es, de ser liberado directa o indirectamente por la dictadura.

De este modo, el grito “¡viva la libertad!” asume hoy un nuevo significado. Se convierte en expresión de una amenaza más profunda que aquella de la que procedía en aquel momento. Oír ese llamado y seguirlo significa estar listos para una empresa difícil.

## VI

Se podrían plantear dudas sobre el objetivo que tiene que reivindicar exigencias de este tipo. En nuestro país, dividido en dos y encerrado entre bloques de poder político, frecuentemente se tiene la impresión preocupante de que los alemanes —seamos más precisos: los alemanes occidentales— están a punto de acostumbrarse a una existencia sin historia.

Hay en la actualidad argumentos que parecen justificar esta idea. Ante todo, el hecho de que detrás de nosotros existe el intento escandaloso no solo de crear una historia, sino de imponerla, tal como sucedió en la última guerra. Aquello que sostenía este conflicto bélico era un obrar sin un mandato auténtico procedente del pasado, sin un sentido para lo posible, sin todo aquello que los griegos llamaban temor ante los dioses. Esta situación condujo a un colapso de la existencia histórica como nunca antes había ocurrido en Alemania, incluyendo la Guerra de los Treinta Años —situación tanto más trágica si se tiene en cuenta que estaban dadas las condiciones para una acción configuradora del futuro en Europa, y dentro de Europa, para crear el terreno de la historia que estaba por venir—.

El esfuerzo de esta empresa ha producido un profundo cansancio anímico respecto del cual ningún activismo debería engañarnos. Está en relación con aquel sobreesfuerzo más céntrico del que ya hablamos y que influye en nosotros alejándonos de lo histórico y desplazándonos hacia lo extrahistórico: la cultura, la técnica, el lucro económico y el disfrute de la vida. Un autoengaño, como pensar que no sucedió lo que ciertamente sucedió o imaginar que podemos producir en un espacio vacío el “milagro” de la reconstrucción y de la economía, entre otras cosas más, sin posibilidad a que la verdad exija resarcimiento.

Tal vez podrían ustedes objetar que se habla y se escribe muchísimo sobre este asunto, que los políticos se enfrentan entre sí apasionadamente o, al menos, oralmente, y que los científicos, representantes de colectivos y organizaciones elevan su voz de advertencia, de protesta, de denuncia. ¿Habría que suponer que todo esto constituye un comportamiento ahistórico?

En ningún caso quiero poner en duda la seriedad mostrada en algunas de estas expresiones, pero de lo que aquí se trata reposa en un plano más profundo. La actitud rectamente histórica de la que aquí hablamos tendría que empezar en el intento de comprender la situación en la que nos encontramos. ¿Estamos en ello? ¿Vemos cómo tal situación se ha configurado? ¿Qué acciones, qué omisiones, qué disposiciones afectivas (*Gesinnungen*) nos han conducido a ella? ¿Estamos dispuestos realmente a reconocer cómo pudo suceder lo que sucedió, cómo acontecieron las cosas terribles que los últimos procesos han dejado tan insoportablemente evidenciadas? La impresión es que se está evitando la pregunta o que, quien la formula, recibe la misma respuesta: “deja las cosas en paz”, “lo hecho, hecho está”, “queremos vivir, trabajar y gozar”. ¿Me equivoco?

---

Si existe un lugar, damas y caballeros, en donde estas preguntas pueden ser pensadas a profundidad y las exigencias derivadas de ellas pueden ser acogidas en las disposiciones afectivas, ese lugar es la Universidad.

---

Apenas se nos concede espacio para una iniciativa histórica activa. Si no queremos movernos hacia lo extrahistórico, debemos al menos darnos el trabajo de examinar con rectitud y firmeza lo sucedido. De ese examen surgirá un futuro más puro y más verdadero.

La tarea a la que estamos llamados de modo especial, en la tranquilidad de la historia que se nos impone, es pensar en torno a las grandes preguntas planteadas anteriormente: la forma del mundo (*Weltgestalt*) que quiere surgir es imponente. Empezamos a intuir cómo será esa forma. Por el momento solo vemos algunas de sus líneas fundamentales, un perfil por aquí y por allá, y a veces algo unitario.

Su realización costará no solo un trabajo incalculable, sino también grandes sacrificios, y eso está bien. Sin embargo, hay *un* sacrificio que ella *no* debe aceptar entre esos costos, a menos que renuncie a ser la realización de una forma humana del mundo: el de la libertad.

¿Cómo deberían ser configuradas las grandes formas supraindividuales del trabajo y de la vida para que la vida de la persona en sentido propio pueda existir y desarrollarse, pero una vida personal no reducida al “ahora mismo”, sino como contrapolo de lo suprapersonal, es decir, capaz de responder afirmativamente y de modo explícito? La forma del futuro deberá reposar en un replanteamiento de fondo y en un reordenamiento de la existencia de la nación vista como un todo, y detrás de ella, de Europa. Por tanto, ¿cómo se ve aquel orden que, a diferencia de la totalización mecánica del sistema materialista que niega a la persona, sabe que la persona es el contrapolo necesario de la totalidad? Aquí reside la dialéctica auténtica y viviente que no produce artificialmente, antes bien se funda en la existencia misma.

¿Cómo se muestra la actitud en la que se expresa esta dialéctica? ¿Qué *ethos* surge a partir de ella? ¿Cómo deberán ser las formas singulares de la vida? Y las preguntas podrían continuar.

Si existe un lugar, damas y caballeros, en donde estas preguntas pueden ser pensadas a profundidad y las exigencias derivadas de ellas pueden ser acogidas en las disposiciones afectivas, ese lugar es la Universidad.

El homenaje que rendimos a los hombres que en aquel momento ofrecieron su vida por la libertad sería un mero gesto si no intentamos reconocer dónde reside para nosotros la exigencia de la misma libertad y si no nos disponemos a realizarla.